

La división entre cafieristas y menemistas y los cuatro alzamientos carapintadas (1987-1990)¹

Joaquín Baeza Belda²

ISHIR-CONICET/UNR

baeza@usal.es

Resumen

Entre 1987 y 1990 los llamados alzamientos carapintadas, más allá de su heterogeneidad, pusieron en jaque la democracia argentina recuperada en 1983, pero al mismo tiempo supusieron un tema de debate y de enfrentamiento al interior de un peronismo que atravesaba durante esos años una de sus crisis más graves. El objetivo de este artículo pasa, por tanto, por conocer cuáles fueron las distintas posiciones del justicialismo ante el fenómeno carapintada. Una pluralidad de puntos de vista provocada no solo por la evolución del propio movimiento carapintada a lo largo de esos tres años, sino también por las divisiones del peronismo, cuyas fronteras fueron asimismo cambiando con el tiempo. En ese sentido, el artículo explora hasta qué punto son útiles las categorías utilizadas habitualmente para definir los bandos y cuáles eran los verdaderos límites entre los llamados ortodoxos y renovadores o entre cafieristas y menemistas.

¹ Una versión preliminar de este artículo se presentó como ponencia en el VII Congreso de Estudios sobre el Peronismo, celebrado en Neuquén entre el 22 y el 24 de septiembre de 2022, con el título “Los cuatro alzamientos carapintadas como observatorio de la división entre cafieristas y menemistas (1987-1990)”. Agradezco los comentarios de Aldo Fabio Alonso y del resto de participantes.

² Doctor en Historia y Magister en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Salamanca. Becario posdoctoral del CONICET con sede en el ISHIR y miembro del Seminario Permanente de Historia Social del Pasado Reciente. Siempre dentro de la historia reciente, sus estudios se han centrado en los procesos de transición a la democracia y en los partidos políticos, especialmente el peronismo y los socialismos argentino y español. Integra el Proyecto PID-UNR “Los 80s en Rosario. Actores, agencias estatales, prácticas y representaciones, entre la dictadura y la transición democrática” (2020-2023).

Desde una escala de análisis eminentemente nacional, acudimos principalmente a fuentes hemerográficas, tanto de tirada nacional como *Clarín*, como diarios con perspectiva provincial, como *El Litoral* de Santa Fe o *La Voz del Interior* de Córdoba.

Palabras clave: Peronismo, carapintadas, Renovación, Menem, 80s.

The division between caferistas and menemistas and the four carapintada uprisings (1987-1990)

Abstract

Between 1987 and 1990 the so-called carapintadas uprisings, beyond their heterogeneity, threatened the Argentine democracy recovered in 1983. At the same time, they were a topic of debate for a Peronism that during those years was going through one of its more serious crises. The objective of this article is, therefore, to find out what were the different positions of Justicialism in the face of the carapintada phenomenon. A plurality of points of view caused not only by the evolution of the carapintada movement throughout those three years, but also by the divisions of Peronism, whose borders also changed over time. In this sense, the article explores if the categories commonly used to define the factions are useful and what were the true limits between the so-called orthodox and renovators or between caferistas and menemistas.

From an eminently national scale of analysis, we mainly resorted to newspaper sources, with a national circulation such as *Clarín*, and newspapers with a provincial perspective, such as *El Litoral* in Santa Fe or *La Voz del Interior* in Córdoba.

Keywords; Peronism, carapintadas, Renovación, Menem, 80s.

Recibido: 29 de agosto de 2023

Aceptado: 6 de octubre de 2023

Quizás la imagen más icónica de los sucesos de la Semana Santa argentina de 1987 y del primero de los llamados levantamientos carapintada³ estuvo protagonizada por el

³ Con ese nombre fueron conocidos cuatro levantamientos protagonizados por un sector del Ejército entre 1987 y 1990. Si en un principio, la raíz del descontento tenía que ver con la continuación de los juicios por

presidente Raúl Alfonsín rodeado en el balcón de la Rosada por políticos justicialistas como Antonio Cafiero⁴ o Vicente Saadi⁵. La fotografía reflejaba el apoyo del peronismo al gobierno radical en una de sus horas más difíciles, cuando el desafío del grupo militar que se había alzado parecía hacer tambalear la democracia nacida en 1983. Dados los antecedentes de golpes militares en los que el gobierno se enfrentaba a la situación prácticamente en soledad, el gesto tenía una profunda carga simbólica y sintetizaba la unidad más allá de diferencias partidarias.

Pero, como cualquier fotografía, esta también retrata una realidad estática que pronto se vio superada en su complejidad por los sucesos que la siguieron. En primer lugar, porque el de Semana Santa no fue el único levantamiento carapintada: entre enero de 1988 y enero de 1990 se desarrollaron tres capítulos más de una crisis militar que reflejaban el malestar y las divisiones al interior de las Fuerzas Armadas, especialmente del Ejército. De esa manera, si bien es posible trazar una clara continuidad entre esos cuatro episodios y hablar de un único fenómeno carapintada, no deja de ser verdad que es posible encontrar en ellos distintos y no siempre armónicos liderazgos y que las razones de cada estallido obedecieron a una lógica particular⁶.

la represión durante la última dictadura militar (1976-1983) sobre los cuadros medios, pronto se vio que la crisis contaba con ramificaciones más profundas derivadas de la guerra de Malvinas y del rol que se deseaba para las Fuerzas Armadas. Para más información sobre esas divisiones se puede consultar Marcela Donadio, *De los golpes a la cooperación: una mirada a la mentalidad profesional en el Ejército Argentino*, Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, FLACSO Argentina, 2000, disponible en <http://www.resdal.org/Archivo/d0000177.htm> [Consulta 29 de agosto de 2023] o Paula Canelo, “La descomposición del poder militar en Argentina. Las Fuerzas Armadas durante las presidencias de Galtieri, Bignone y Alfonsín (1981-1987)”, en Alfredo Pucciarelli, *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

⁴ Antonio Cafiero ejerció como diputado nacional por Buenos Aires entre 1983 y 1987 y como gobernador de la provincia de Buenos Aires entre diciembre de 1987 y diciembre de 1991. Durante esos años fue posiblemente el referente más visible de lo que se conoció como Renovación peronista. Contaba, eso sí, con una larga trayectoria en el partido, ya que anteriormente había ejercido como ministro de Comercio durante los primeros gobiernos peronistas y como ministro de Economía entre 1975 y 1976.

⁵ Vicente Saadi podía presumir asimismo de una vasta biografía en el peronismo, ya que ejerció como senador durante el primer gobierno justicialista. Ejemplo de caudillo provincial, en los años centrales de los 80 se convirtió en una de las cabezas de los llamados sectores ortodoxos mientras ejercía como senador por Catamarca y como gobernador de esa provincia entre 1987 y su muerte en 1988.

⁶ El fenómeno carapintada ocupó buena parte de la atención académica en la misma coyuntura en la que se desarrollaron. La mayoría de estos trabajos abordaron la cuestión preocupados por las relaciones cívico-militares, como muestran los ejemplos de Carlos Acuña y Catalina Smulovitz, “Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación constitucional”, en Carlos Acuña y Catalina Smulovitz, *Juicio, castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995, p. 19-99; Ernesto López, *Ni la ceniza ni la gloria: actores, sistema político y cuestión militar en los años de Alfonsín*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 1994 o Fabián Sain, *Los levantamientos carapintada, 1987-1991*, Buenos Aires, CEAL, 1994. Tras esa primera oleada contemporánea de estudios, el tema languideció hasta que el vigésimo aniversario de los hechos de Semana Santa de 1987 reavivó la atención. Ejemplos de ello son trabajos como: Daniel Mazzei, “‘Y no hay sangre en la Argentina’. El presidente Alfonsín y la Semana Santa de 1987”, *PolHis*, no. 23, 2019, pp. 128–161, la tesis de Jérémy Rubistein *La sédition militaire de Semana Santa de 1987, Le peuple au secours du régime démocratique*

A su vez, el peronismo distaba en esa coyuntura de conformar un bloque monolítico. Al contrario, atravesaba en esos años centrales de los años 80 una profunda división sobre la que reverberan los enfrentamientos de la década anterior, la muerte de Perón en 1974, la experiencia de la represión dictatorial y, especialmente, su primera derrota en unas elecciones presidenciales, en 1983. Los citados Cafiero y Saadi se convertirían, junto con Carlos Menem, en los referentes de los dos grandes grupos que muy a grandes rasgos lucharon por el control partido a lo largo de esa década. Por supuesto, el enfrentamiento entre los llamados ortodoxos y renovadores y, más tarde, entre cafieristas y menemistas fue mucho más complejo que lo que indican unas etiquetas que se aplicaban desde el análisis periodístico y centrada en los casos bonaerense y porteño⁷.

Pero, si bien las fronteras entre los distintos grupos fueran más porosas y cambiantes de lo que muestra esa imagen tradicional, resulta también innegable que el justicialismo atravesó dividido la década que nos ocupa. Precisamente por la centralidad que ocuparon los alzamientos carapintadas en la consolidación de la democracia, creemos que estos también pueden convertirse en un buen y poco explorado observatorio de los debates y polémicas al interior del peronismo a lo largo de los años 80.

De esa forma, el objetivo de este artículo pasa por contrastar las posibles diferencias entre cafieristas (o renovadores) y menemistas (u ortodoxos)⁸ en cada uno de los levantamientos y averiguar si esta puede ser una variable que convalide esa división. Se trata, pues de testar la hipótesis, bastante extendida en los medios de la época, de que el grupo alrededor de Cafiero mantuvo una actitud mucho más cercana al gobierno de

argentin, Université Paris I, 2014 o el libro de Juan Agustín Robledo, *Felices Pascuas. Breve historia de los carapintadas*, Buenos Aires, Planeta, 2017.

⁷ Un ejemplo de la complejidad de la Renovación lo constituye la obra colectiva dirigida por Marcela Ferrari y Virginia Mellado, *La Renovación Peronista: organización partidaria, liderazgos y dirigentes. 1983-1991*, Sáenz Peña, Eduntref, 2016, que se centra en los distintos casos provinciales. Esa mirada plural muestra claramente que las distintas provincias siguieron patrones y procesos que no siempre encajaban en la clásica división entre ortodoxos y renovadores. Para una visión más global del peronismo de los años 80, se puede consultar: Sandra Carreras, *Die Rolle der Opposition im Demokratisierungsprozess Argentiniens der Peronismus, 1983-1989*, Frankfurt, Vervuert, 1999 y la tesis de Joaquín Baeza Belda, *Democracia y peronismo. El caso de la Renovación peronista (1983-1991)*. Universidad de Salamanca, Salamanca, 2016.

⁸ Más allá de su mencionado carácter relativo, la diferencia entre estos dos bloques de etiquetas, se encuentra en el hecho de que, si bien Carlos Menem fue considerado en un inicio uno de los referentes renovadores, a partir de 1986 y más visiblemente a partir de 1987, se fue apartando del núcleo comandado por Cafiero y fue reagrupando a los sectores que habían quedado a un lado. Pese a ese movimiento, el riojano siguió reivindicando su carácter renovador durante esa etapa. Por ello y dado que durante los diferentes levantamientos carapintadas la diferencia clave en el peronismo se daba entre cafieristas y menemistas, utilizaremos más a menudo estos últimos títulos para definir a los dos principales grupos del partido.

Alfonsín, mientras que Menem priorizó el desgaste del oficialismo con un cálculo electoral.

Para tratar de resolver estas preguntas, hemos acudido, además de a la bibliografía existente, a fuentes periodísticas. En ese sentido, hemos querido conjugar diarios nacionales como *Clarín* o *Página/12* con otros que ofrezcan una perspectiva provincial, como *El Litoral*, de Santa Fe, el cordobés *La Voz del Interior* o *El Independiente* de La Rioja. Hemos consultado asimismo el semanario *El Informador Público*, que si bien es una fuente sobre la que se debe aplicar toda la precaución metodológica posible por su relajación a la hora de publicar sin contrastar, se trataba de un medio en el que el problema carapintada ocupó una gran atención y que dio voz a fuentes militares⁹.

A partir de estos objetivos y estas fuentes, el artículo seguirá básicamente una estructura cronológica y en las siguientes páginas dedicaremos un apartado a cada uno de los alzamientos carapintados, analizando las posiciones de caferistas y menemistas en cada coyuntura. Además de lo ya planteado, el hecho de que el último de los episodios se enmarque ya bajo el gobierno de Menem, iniciado en julio de 1989, nos permite también conocer si se dieron grandes diferencias en los roles del peronismo como oposición o como oficialismo.

a. La Semana Santa de 1987

Como mencionamos en la introducción, los sucesos de la Semana Santa de 1987 supusieron una novedad histórica: al contrario que en golpes y planteos militares anteriores, en los que los distintos gobiernos lucharon en medio de la soledad política, esta vez el presidente Alfonsín contó con el apoyo explícito de la práctica totalidad de la oposición. Por supuesto, también de un peronismo, que, junto con otros partidos, firmó un acta de compromiso democrático¹⁰.

Desde todo el espectro peronista se sucedieron declaraciones de apoyo a las instituciones. Se denunciaba en ellas el alzamiento de un sector del Ejército que, desde su interpretación, buscaba ante todo frenar la continuación de los juicios contra los militares

⁹ *El Informador Público* fue una publicación semanal que apareció en octubre de 1986 dirigida por el periodista español Jesús Iglesias Rouco, quien, entre otras ocupaciones, había sido anteriormente redactor en La Prensa. De carácter polémico, tenía buenas conexiones con los ambientes castrenses que se reflejaban en las fuentes que se usaban en sus textos. En esta entrevista Jorge Daniel Boimvaser expone algunas claves de la publicación: <https://revistapaco.com/el-informador-publico-era-un-carnaval-de-periodistas/>

¹⁰ En el Acta, los partidos apoyaban la “vigencia irrestricta de la Constitución” y “reiteran que ninguna presión o amenaza puede torcer nuestra inflexible decisión de cumplir la ley”. *El Litoral*, Santa Fe, 19 de abril de 1987.

involucrados en la represión durante la dictadura. Antonio Cafiero, cabeza del sector renovador, sostuvo que “el peronismo renovador insistirá en la defensa de la democracia y de la ley, recitando el preámbulo de la Constitución: afianzar la Justicia, promover el bienestar general y defender la seguridad interior de la República”. Vicente Saadi, por entonces presidente del partido y teórico rival de los renovadores, señaló por su parte que “la anacrónica rebeldía de algunos puede afectar la estabilidad y las instituciones republicanas y debe por eso mismo ser lamentada y repudiada. No podemos los peronistas sino recordar la prédica de nuestro líder: dentro de la ley todo, fuera de la ley nada”¹¹. Además de estas dos figuras, por la Casa Rosada pasaron durante esos días de crisis otros justicialistas como Carlos Grosso y José Manuel de la Sota, ambos renovadores, para expresar su solidaridad con el gobierno.

Carlos Menem, quien había sido uno de los referentes de la Renovación, pero que a esa altura ya apostaba por un proyecto alternativo, mostró en esa ocasión un perfil más bajo. Lejos del epicentro porteño de este levantamiento, durante esos días Menem permaneció en La Rioja, provincia de la que era gobernador, y no apareció ni en la televisión ni en la radio nacional: desde la capital provincial presidió un acto de apoyo a la democracia y firmó, junto a otros dirigentes, el llamado Documento de La Rioja, donde se ratificaba el respaldo a las instituciones¹². Las páginas de *El Independiente* destilan el escaso protagonismo del riojano, que se demostró en detalles como la relativa ausencia de público en el citado acto y en el detalle de que este no se desarrollara en la Plaza 9 de Julio de la ciudad, sede del legislativo provincial¹³.

Una vez que se sofocó la crisis de Semana Santa, la estrategia del peronismo, especialmente la de su sección renovadora, viró desde ese respaldo casi acrítico a posiciones mucho más críticas para lograr un doble objetivo: dejar constancia de que su apoyo a las instituciones no equivalía automáticamente a un apoyo al gobierno y, en segundo lugar, evitar que el radicalismo capitalizara en exclusiva la resolución del conflicto¹⁴.

En esa línea, pocas semanas después de Semana Santa, el justicialismo adoptó un tono mucho más fiscalizador en el documento que surgió de la cumbre partidaria realizada en

¹¹ *El Litoral*, Santa Fe, 18 de abril de 1987.

¹² *El Independiente*, La Rioja, 18 de abril de 1987.

¹³ *El Independiente*, La Rioja, 19 de abril de 1987. Quizás la actitud más extravagante dentro del peronismo la tuvo el gobernador de Salta, Roberto Romero, claramente encolumnado dentro del sector ortodoxo, que amenazó con independizar su provincia en el caso de que triunfara el lanzamiento.

¹⁴ *Clarín*, Buenos Aires, 23 de abril de 1987.

la localidad de La Falda. En él se reconocía la gravedad de la situación militar heredada, pero al mismo tiempo, se criticaba la ambigüedad que había manejado el gobierno: “en lugar de poner en práctica una política de defensa (...) el gobierno prefirió el doble discurso de las formulaciones antimilitaristas, acompañadas de una permanente y secreta negociación y concesión” con las Fuerzas Armadas¹⁵. En consecuencia, para los justicialistas, el origen de lo sucedido en Semana Santa se encontraba en la conjunción de “promesas al electorado de defensa irrestricta de los derechos humanos, [con] promesas a los involucrados en procesos por violaciones de esos mismos derechos de que quedarían en libertad”. La idea, como explicó más tarde el diputado Manzano¹⁶, pasaba por plantear una nueva ley de defensa que separara el divorcio entre civiles y militares, terminando con el peligroso aislamiento de estos últimos, y que superara lo que eran calificados como simples parches del gobierno.

Pese a esas intenciones, concretar una solución integral de ese tipo estaba bastante lejos de las urgencias del momento. Lo ocurrido en la Semana Santa de 1987 aceleró el proyecto gubernamental de una ley que frenara nuevos juicios contra los militares por los crímenes de la dictadura y blindara la impunidad de los cuadros medios, verdaderos protagonistas del levantamiento. Durante los debates legislativos que se desarrollaron por la que se conoció como ley de Obediencia Debida, la actuación de los renovadores fue cuanto menos ambigua. La Renovación, es cierto, encabezó la oposición al proyecto en un momento en el que la debilidad del gobierno y la interpretación del desenlace de la Semana Santa de 1987 como una claudicación hacían sumamente rentable adoptar esa posición. Y así, de hecho, el peronismo explotará repetidamente el discurso de que la ley de Obediencia Debida fue una concesión ante la prueba de fuerza de los militares¹⁷.

Sin embargo, más allá de la oposición discursiva, los renovadores no ofrecieron más que generalidades y escasas medidas concretas para atajar un problema militar que, lejos de calmarse, parecía cada vez más inestable. Este sector peronista llegó a ofrecer al gobierno un acuerdo global basado en la reformulación de la política económica, la reforma

¹⁵ *El Periodista*, n° 139, 8 de mayo de 1987.

¹⁶ José Luis Manzano era por aquel entonces una de las figuras más visibles de los renovadores y, al parecer, concitaba una imagen totalmente negativa entre los militares. Posteriormente, fue un elemento clave dentro del gobierno menemista. *El Informador Público*, n° 34, 22 de mayo de 1987

¹⁷ Grosso recordó precisamente que “a nadie escapa que el proyecto de obediencia debida es una concesión”. *El Litoral*, Santa Fe, 19 de mayo de 1987. De la Sota señalaría en la misma línea que “la prensa del oficialismo está directamente indicada por la existencia de planteos militares”. *El Periodista*, n° 142, 23 de mayo de 1987.

constitucional y la reorganización y modernización de las Fuerzas Armadas¹⁸. Pero ni siquiera entre estas medidas existía una voz única. Así, tanto renovadores como ortodoxos preferían dar la iniciativa al gobierno en una cuestión que, dejando a un lado los principios éticos, consideraban que tenía difícil solución.

En definitiva, la actuación de los peronistas en torno a las llamadas leyes de impunidad¹⁹ arroja un resultado ambiguo, en el que no es fácil discernir cuánto hubo de sinceridad y cuánto hubo de cálculo electoral sobre una cuestión que levantaba la sensibilidad de la opinión pública. Las reiteradas ausencias de los legisladores renovadores en el recinto parlamentario durante el tratamiento de las distintas leyes mostraban, en efecto, su total oposición a las mismas, pero al mismo tiempo suponían una posición cómoda y sumamente principista que evitaba la confrontación y la concreción de ideas, además de resultar una medida poco eficaz desde el punto de vista práctico.

b. Monte Caseros. El segundo alzamiento

La firma de la Obediencia Debida parecía colmar las expectativas de los amotinados, pero solo lo hizo aparentemente, ya que, en realidad, el enfrentamiento protagonizado por los carapintadas respondía a causas profundas que el resultado incierto de mayo de 1987 no había logrado despejar enteramente. El fenómeno carapintada comenzó además a generar una inercia propia que lo retroalimentaba más allá de las razones originales. De hecho, la chispa para el segundo levantamiento, que tuvo lugar en enero de 1988, fue precisamente la situación procesal de Aldo Rico, que se resistió desde el destacamento de Monte Caseros (Corrientes) a ser detenido nuevamente. Quizá por ello, por no representar intereses más generalizados, el resultado no fue esta vez excesivamente positivo para los rebeldes, que no contaron con la complicidad tácita en el resto del Ejército como había ocurrido en 1987²⁰.

Nuevamente en esta crisis el peronismo realizó gestos que demostraron su apoyo a las instituciones democráticas: Cafiero, por aquel entonces ya elegido gobernador de la

¹⁸ *La Voz del Interior*, Córdoba, 9 de mayo de 1987.

¹⁹ A la llamada ley de Obediencia Debida habría que añadir a la conocida como ley de Punto Final, que en diciembre de 1986 fijó un plazo de 30 días para la presentación de denuncias por vulneración de derechos humanos durante la última dictadura. Ambas leyes perseguían el objetivo de poner un freno a nuevos juicios a los militares tras el famoso juicio a las Juntas de 1985. El fracaso del Punto Final y la aparición de nuevas causas sería una de las razones que azuzaron el movimiento carapintada.

²⁰ El propio jefe del Estado Mayor del Ejército José Caridi, encargado sofocar el alzamiento, sintetizó la situación posterior: “ahora hay un solo color”. “En Semana Santa [Rico] representaba la opción de buena parte del Ejército, pero ahora sólo defiende una situación personal”. *Clarín*, Buenos Aires, 20 de enero de 1988.

provincia de Buenos Aires, encabezó un acto de adhesión a la Constitución y a la vigencia de las instituciones²¹. Sin embargo, en esta ocasión, el justicialismo aumentó el espíritu crítico sobre la gestión que el radicalismo había realizado del alzamiento. El propio Cafiero no se explicaba cómo el gobierno se había demorado tanto a la hora de actuar para evitar que se llegara a una nueva situación límite²², mientras que el otro candidato de la interna presidencial²³, Menem, perfiló una imagen más vehemente: desde su punto de vista, ese “grupo muy reducido de militares” debía “ser severamente sancionado” e incluso sugirió el fusilamiento contra ellos²⁴. Sus dardos también apuntaron al presidente, sobre quien “recae la responsabilidad de terminar definitivamente con esto que, para mí, es una parodia”²⁵.

Como se puede intuir de lo expuesto anteriormente, más allá de esos distintos tonos, no encontramos en esencia una clara diferenciación entre el discurso cafierista y el menemista. Si en 1987 el peronismo se había mostrado como un apoyo claro al gobierno, la palabra clave que sintetizaba la interpretación de Monte Caseros fue la de “desestabilización”: la hipótesis de que el fenómeno carapintada no se circunscribía a un problema intramilitar y que poseía una cara civil que jugaba a derrocar la democracia²⁶. Desde esa interpretación, compartida en esencia por ambos sectores, todo formaba parte “de un golpe desestabilizador en marcha”, en el que, además, existían “implicaciones de civiles, empresarios, factores de poder e, incluso, funcionarios de gobierno”²⁷. En esa línea, el santafesino Raúl Carignano, de la esfera renovadora, deslizó que el vicepresidente Víctor Martínez podría tener alguna relación con la cuestión²⁸.

El contraste con las posiciones expuestas en Semana Santa de 1987 se explica principalmente por la diferente coyuntura en la que se encontraba entonces el peronismo, ya inmerso en la planificación de las elecciones internas de julio de 1988 y, por extensión,

²¹ *Página/12*, Buenos Aires, 19 de enero de 1988.

²² *Página/12*, Buenos Aires, 19 de enero de 1988.

²³ El peronismo celebró en julio de 1988 por primera vez unas elecciones internas para definir su candidato presidencial en 1989. En ellas se enfrentaron las fórmulas de Cafiero-De la Sota y Menem-Duhalde.

²⁴ *El Independiente*, 24 de enero de 1988.

²⁵ *El Independiente*, 16 de enero de 1988. Las dos declaraciones, separadas por casi una semana, muestran también una evolución en la interpretación de los hechos realizada por Menem, en la que se aprecia un endurecimiento de las posiciones que van desde esa consideración del episodio como algo paródico a pedir la pena capital.

²⁶ Como en otras ocasiones, la solución propuesta por el partido era la creación de una comisión bicameral que investigara los hechos. *La Voz del Interior*, Córdoba, 21 de enero de 1988.

²⁷ *La Voz del Interior*, Córdoba, 21 de enero de 1988.

²⁸ “El oficialismo estaba tan confundido que recién el domingo pudieron decir que Víctor Martínez no estaba en el golpe”. *Página/12*, Buenos Aires, 21 de enero de 1988.

en las presidenciales del año siguiente. El círculo de Cafiero había empezado a preocuparse por ofrecer una imagen demasiado cercana al oficialismo, ya que consideraban que el apoyo irrestricto al gobierno solo servía para compartir el desgaste, con pocos beneficios para compensar. Una conclusión a la que Menem había llegado desde un primer momento y que resume esa actitud mucho más crítica del peronismo en este segundo levantamiento.

c. Villa Martelli, el tercer levantamiento, y la llegada de Menem a la presidencia

Tras el episodio de Monte Caseros, la sensación de agravio y de persecución de los carapintadas hacia la cúpula militar, que aplicó la mano dura contra los amotinados, y hacia un gobierno que seguía apoyando decididamente al jefe del Estado Mayor del Ejército, José Caridi, conformaron el caldo de cultivo para un tercer alzamiento. Pero este tercer capítulo, que tuvo su foco principal en el batallón de Villa Martelli, cercano a la Capital Federal, en diciembre de 1988, supuso un salto cualitativo en la saga carapintada: en primer lugar, por la escalada de violencia que conllevó, ya que concluyó con un saldo de varios muertos y más de 40 heridos, y, en segundo lugar, por el nuevo liderazgo encarnado en Mohamed Alí Seineldín, que dio al movimiento un componente mesiánico e integrista, más militarizado y menos predecible.

La resolución del conflicto de Villa Martelli resultó abrupta y confusa e implicó un pacto nunca reconocido oficialmente entre ambas partes del Ejército en el que, según la versión carapintada, se prometía la promulgación de una amnistía general para lo ocurrido durante la dictadura y los levantamientos posteriores²⁹. Pese a la sensación de haberse llegado a un nuevo empate, el saldo dejó a los carapintadas un regusto amargo, ya que Seineldín quedó procesado y, si bien Caridi fue pasado a retiro³⁰, su sustituto, el general Francisco Gassino, mantenía posiciones muy similares.

A pesar de este desenlace, el justicialismo quedó claramente insatisfecho con la información que dispuso y continuó exigiendo mayores explicaciones al gobierno. Rubén Cardozo se encargó de lanzar sus dudas sobre el resultado al declarar que: “el domingo, este señor [Seineldín] se rendía sin ninguna condición, es muy difícil que la gente crea que no hay nada atrás, si nosotros mismos no lo creemos”³¹, mientras que Eduardo

²⁹ Fue el general Isidro Cáceres, figura en ese momento con vinculaciones con ambos sectores, quien llevó el principal peso del diálogo. *Clarín*, Buenos Aires, 8 de diciembre de 1988.

³⁰ *Clarín*, Buenos Aires, 11 de diciembre de 1988.

³¹ *El Litoral*, Santa Fe, 10 de diciembre de 1988.

Duhalde, ya candidato a vicepresidente nacional junto con Menem, denunciaba que “basta leer los diarios para ver que mientras pasan algunas cosas, el gobierno dice otras”³². En esta ocasión, como nunca anteriormente, se hizo visible en el justicialismo la división, en sus apreciaciones y modos de actuar, entre menemistas y renovadores. De esa manera, durante los sucesos de Villa Martelli, los sectores menemistas, que controlaban oficiosamente el partido tras la interna de julio de 1988, defendieron la postura de mantener un perfil bajo y no aparecer demasiado próximos a un Ejecutivo cuyo desgaste era cada vez más visible. En los primeros días de la crisis, el candidato y gobernador riojano anunció que solo viajaría a Buenos Aires si la situación se agravaba realmente, mientras que sus asesores le sugerían que continuara con su agenda programada³³. La consigna, pues, para los menemistas, pasaba por no “hacerle el juego al oficialismo” y se mostraban reticentes a sumarse a la convocatoria de movilización del gobierno, al sospechar que este no estaba compartiendo toda la información que poseía³⁴.

Los cafieristas, por el contrario, pese a criticar también “la falta de información en la que nos mantiene el gobierno”³⁵ y pese a su situación de debilidad dentro del partido tras su derrota en la interna, exigían un rol más activo y solidario por parte del peronismo. Como afirmaba Cafiero, quien continuaba siendo gobernador de Buenos Aires y, al menos nominalmente, era el jefe del partido: “si Alfonsín convoca, el justicialismo va a apoyar porque no queremos hacer ninguna especulación con un tema al que repudiamos, como es el de la amnistía”³⁶.

Por supuesto, la cuestión generó un fuerte debate interno en el partido, en el que los menemistas recordaron a sus compañeros las nefastas consecuencias políticas de un apoyo irrestricto a las posiciones del gobierno³⁷. Sin embargo, tratándose de un tema tan delicado, las divisiones resultaban más complejas que la que separaba a renovadores y menemistas. Eduardo Menem y Duhalde, por ejemplo, defendían posiciones mucho más

³² *Clarín*, Buenos Aires, 9 de diciembre de 1988.

³³ *Página/12*, Buenos Aires, 4 de diciembre de 1988.

³⁴ *Clarín*, Buenos Aires, 5 de diciembre de 1988.

³⁵ *Página/12*, Buenos Aires, 4 de diciembre de 1988.

³⁶ *Clarín*, Buenos Aires, 5 de diciembre de 1988. Continuando con las diferencias, Cafiero se mostró mucho más inflexible que Menem a la hora de dialogar con los carapintadas. “Los carapintadas nos mandaron un montón de mensajes, hace 15 días que quieren hablar, pero no hubo caso, al menos desde el 6 de septiembre, toda nuestra relación con los militares es institucional”. *Página/12*, Buenos Aires, 17 de enero de 1988.

³⁷ La discusión sobre cómo actuar ante la nueva crisis militar también dividió al sindicalismo justicialista. *Página/12*, Buenos Aires, 11 de diciembre de 1988. Lorenzo Miguel mantuvo una posición pasiva y en silencio, mientras que el llamado grupo de los 25, más cercanos a los renovadores, defendían la necesidad de una movilización y de expresar un apoyo masivo. Los ubaldinistas trataron de permanecer neutrales en un primer momento, pero finalmente decidieron apostar por un paro general que no se concretaría.

cooperativas, que los acercaban al cafierismo, mientras que, aunque minoritarias y aisladas, existían también dentro del partido muestras de apoyo a los carapintadas³⁸.

Más allá de estas expresiones de crítica o apoyo, como había ocurrido en los anteriores levantamientos, la propuesta del justicialismo resultaba vaga, cuando no confusa. De nuevo, la línea principal giró en torno a las responsabilidades del gobierno a mediano plazo. Desde el todavía controlado por el cafierismo Consejo Nacional se destacó que “no hubo política castrense que al mismo tiempo que juzgaba al pasado se pusiera a reconstituir con dignidad el presente y el futuro de las Fuerzas Armadas”³⁹. El discurso partidario, incluso desde la vertiente renovadora, solía dejar a un lado las críticas directas a los militares y, en varias ocasiones, resultaba demasiado condescendiente con el rol que les cabía a las Fuerzas Armadas dentro del sistema político. Desde esa perspectiva, Manzano, por ejemplo, seguía insistiendo en esa solución integral de las relaciones cívico-militares: “nosotros decimos que paralelamente al juzgamiento de los hechos del pasado, que no se debe detener, tiene que haber una activa política de incorporación de las Fuerzas Armadas”⁴⁰.

Fruto de todas esas dudas y sospechas, la única acción política que protagonizará el justicialismo en esa coyuntura consistirá en el pedido de interpelación parlamentaria del ministro de Defensa Horacio Jaunarena, durante la que volvieron a criticar la ausencia de una política de defensa efectiva como causa principal de los levantamientos y donde de nuevo se refrendó su oposición a la amnistía⁴¹.

En esencia, pues, la posición del justicialismo durante los sucesos de Villa Martelli se resumió en el enunciado de “no tratar de resolver cuestiones de las cuales el único responsable es el oficialismo, que no escuchó nuestras advertencias”⁴². Esta postura no solo tenía en cuenta el cálculo electoral del desgaste que suponía inmiscuirse en el problema, sino que atendía a la apuesta que realizaban algunos analistas militares del peronismo a un desenlace que derivara en una cúpula del Ejército menos hostil con el peronismo, dada la sintonía de los carapintadas con este movimiento.

De hecho, los guiños entre Menem y Seineldín fueron recíprocos durante esta tercera crisis carapintada. El militar afirmó del riojano que “es el único político nacional con el

³⁸ Estas estaban encarnadas en la senadora Liliana de Gurdulich, amiga personal de Seineldín, y Miguel Ángel Alterach, exoficial. *Página/12*, Buenos Aires, 6 de diciembre de 1988.

³⁹ *Página/12*, Buenos Aires, 21 de diciembre de 1988.

⁴⁰ *Clarín*, Buenos Aires, 8 de enero de 1989.

⁴¹ *Página/12*, Buenos Aires, 8 de diciembre de 1988.

⁴² *Página/12*, Buenos Aires, 31 de diciembre de 1988.

que se puede hablar”⁴³, mientras que, en la otra dirección, Menem describió a Seineldín como “un hombre valiente”⁴⁴. Y, en efecto, de hacer caso al mayor Abete, hombre cercano a Seineldín, en la primera mitad de 1989, hasta la celebración de las elecciones de mayo, los contactos entre el candidato presidencial y el líder carapintada fueron frecuentes, directa o indirectamente⁴⁵.

Con esa cercanía, Menem trataba, ante todo, de maximizar su número de apoyos jugando con una deliberada ambigüedad. En ese sentido, sus coqueteos con el sector carapintada le servían para lanzar una señal de aviso al resto del Ejército, no demasiado afín al peronismo, además de para ganarse a un grupo rebelde que, aunque minoritario, podía desestabilizar los primeros compases de su gobierno. En la coyuntura de las elecciones de 1989, los carapintadas podían ser también utilizados como un reaseguro en caso de que el resultado fuera parejo y el radicalismo tratara de aliarse con otros partidos para conseguir la presidencia. Sin embargo, al mismo tiempo, Menem también se reunió con el jefe del Ejército Francisco Gassino con el objetivo de calmar el malestar de muchos oficiales que temían que Seineldín pudiera llegar a ser el nuevo jefe del Ejército si el riojano se hacía con la victoria⁴⁶.

La relación, pese a todo, empezó a enfriarse en ambos sentidos tras la asunción presidencial del riojano. Después del viaje del presidente a EE. UU. en septiembre de 1989⁴⁷ y después de la firma de los primeros indultos, del que se beneficiaron precisamente tanto Rico como Seineldín, el vínculo entre Menem y los carapintadas cambió definitivamente. Así, muy poco después del perdón, tanto el coronel como varios de sus más importantes compañeros fueron pasados a retiro, en una medida con un simbolismo evidente: al igual que con los militares de la dictadura, el presidente peronista ofrecía el perdón a los carapintadas a cambio de dar un paso al costado y prometer el cese de los levantamientos.

⁴³ *Página/12*, Buenos Aires, 5 de diciembre de 1988.

⁴⁴ *El Litoral*, Santa Fe, 4 de enero de 1989.

⁴⁵ Hugo Abete, *Por qué rebelde: la verdad sobre el 3 de diciembre de 1990*, Buenos Aires, Huemul, 1996, p.32. De acuerdo con esta fuente, Seineldín afirmaba que su relación con Menem llevaba extendiéndose desde dos años antes. Abete, *op.cit.*, p.38.

⁴⁶ El rumor que colocaba a Seineldín a la cabeza del Arma estaba bastante extendido y tuvo que ser desmentido por Toma, que lo calificaría como “inventos de la usina golpista”. *El Litoral*, Santa Fe, 26 de marzo de 1989. Menem descartaría también esa posibilidad, pero se mostró críptico con su candidato preferido dentro de esa estrategia de ambigüedad: “es una respuesta muy difícil de contestar”. *El Litoral*, Santa Fe, 28 de abril de 1989.

⁴⁷ EE. UU. presionó para que Menem se alejara de un Seineldín con fuertes vínculos con Panamá y Noriega justo antes de la invasión que se preparaba. De hecho, Seineldín ostentaba también el cargo de coronel del ejército panameño.

Ante esa tesitura, a los carapintadas solo les restaban dos opciones. Por una parte, podían acatar su alejamiento definitivo de las filas del Ejército y reencauzar su movimiento hacia el área política, como de hecho hicieron Rico y su círculo más cercano, quienes llegaron a formar un partido político, el Movimiento por la Dignidad y la Independencia (MODIN)⁴⁸. O podían, por el contrario, lanzarse por la vía militar, con la esperanza de derrotar en ese terreno al ejército oficial y cumplir su sueño de encabezar un ejército verdaderamente nacional según sus parámetros. Ésa sería la opción escogida por Seineldín, cada vez más crítico con la política de corte neoliberal empleada por Menem.

d. El levantamiento del 3 de diciembre de 1990

Bajo el mar de fondo de verse políticamente postergados y el objetivo final de formar un nuevo Ejército, las reiteradas sanciones sobre Seineldín se convirtieron en la chispa que encendió el cuarto y definitivo levantamiento carapintada, el 3 de diciembre de 1990⁴⁹. Este nuevo alzamiento fue el más breve y a la vez, el más violento, con un saldo de 16 militares y cinco civiles muertos⁵⁰. Fueron precisamente el desapego que produjeron las muertes alevosas cometidas por los rebeldes y, sobre todo, la garantía de los indultos lo que haría que, por primera vez, la represión del ejército oficial se realizara sin demoras ni contemplaciones, lejos de las ambigüedades que se vieron en Villa Martelli o Monte Caseros. La respuesta expeditiva que se dio a esta nueva amenaza también tuvo que ver con la actitud de un Menem que, a diferencia de Alfonsín, nunca trató de negociar y ordenó una represión ejemplar y sin concesiones.

Para explicar ese comportamiento, se debe tener presente que Menem se pudo sentir traicionado por unos militares a los que había concedido un indulto en el que se había jugado su prestigio personal y su capital político. La rebeldía de Seineldín suponía así una

⁴⁸ Como explicaba el teniente Luis Nicolás Polo: “hemos tomado conciencia de que todo se arregla desde la política. Desde entonces comenzamos a reunirnos, a escribir y surgió la idea de formar un partido político”. Pablo Lacoste, *Militares y política 1983-1991 (Rico, Bussi, Ruiz Palacios, Ulloa, Mittelbach y el CEMIDA)*, Buenos Aires, CEAL, 1993. El MODIN consiguió el tercer puesto en las elecciones legislativas de 1993. Dentro de su ideario se conjugaba un discurso nacionalista, antipolítico, anticomunista y antiliberal, ligeramente asimilable al de Falange.

⁴⁹ Cáceres, el nuevo jefe del Ejército, era en un principio un militar no solo aceptable, sino querido por los carapintadas, que veían en él a una figura cercana a su modo de entender la institución. La relación, sin embargo, pronto se hizo más distante y Cáceres no dudó en sancionar a Seineldín en varias ocasiones. *Página/12*, Buenos Aires, 25 de enero de 1990.

⁵⁰ Más información sobre este episodio se puede encontrar en Fabris, Mariano D., “El levantamiento del 3 de diciembre de 1990 y el fin del intervencionismo militar”, *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Rosario, 2005, disponible en <https://www.academica.org/000-006/621> [Consulta 29 de agosto de 2023] o en Ernesto López, *El último levantamiento*, Buenos Aires, Legasa, 1988.

clara amenaza a ese principio de perdón a cambio de paz sobre el que se había sustentado el decreto de indulto⁵¹.

No obstante, la imagen de un Menem encolerizado pidiendo la condena a muerte para Seineldín tenía asimismo mucho de impostado. El presidente presionó para que todos sus aliados catalogaran el levantamiento como “motín”, ya que el Código Militar condenaba con pena de muerte o reclusión perpetua a sus cabecillas siempre que hubiera derramamiento de sangre, como era el caso⁵². Menem era plenamente consciente de que la pena capital nunca se llevaría a cabo, ya que la justicia civil, que no la contemplaba, siempre actuaba como última instancia; pero el presidente sabía que con ese gesto ofrecía una imagen de competencia ejecutiva y de decisión que podía generar muchos réditos electorales. A fin de cuentas, mientras que en levantamientos anteriores la figura de Alfonsín quedó opacada frente a otras como la de Caridi, en esta ocasión Menem salió reforzado como el verdadero protagonista de la situación.

Solo unos días más tarde de este desenlace, Menem anunció la firma de una segunda ronda de indultos, que en esta ocasión incluía a los comandantes de las Juntas condenados, a la vez que subrayaba que no habría perdón para los carapintadas alzados⁵³. Esta vez el relato caló definitivamente entre las filas castrenses que nunca volvieron a cuestionar al presidente ni a suponer una amenaza para las instituciones. También fue interiorizado dentro del propio partido. Salvo alguna crítica aislada, ningún peronista se alejó del discurso de dureza empleado por el presidente, ni trató de rivalizar con él en su protagonismo, lo cual da pistas asimismo para evaluar el control que había conseguido Menem sobre su formación. Como se puede intuir, a esas alturas, la división entre menemistas y cafieristas había desaparecido y la llamada Renovación se había convertido en un espacio residual, mientras que sus protagonistas trataban de reacomodarse al nuevo contexto.

Conclusiones y perspectivas

El peronismo atravesó una profunda crisis en los años 80, desde la derrota electoral de 1983 a la presidencia de Menem iniciada en 1989, que conllevó un proceso de revisión interna en la que el debate sobre la democratización interna fue la clave. De ese

⁵¹ *Página/12*, Buenos Aires, 5 de diciembre de 1990.

⁵² *Página/12*, Buenos Aires, 5 de diciembre de 1990.

⁵³ Finalmente, la Cámara Federal condenó a Seineldín a cadena perpetua. El resto de su círculo cercano tendría penas entre 20 y dos años de prisión. Abete, *op.cit.*, p.353.

replanteamiento surgiría la división entre renovadores y ortodoxos, reformulada poco tiempo después como cafieristas y menemistas. Si bien, a grandes rasgos, esas etiquetas definen la línea de fractura principal del justicialismo de esos años, las fronteras fueron más porosas y menos estáticas de lo que comúnmente se piensa y no siempre encajaban más allá de Buenos Aires. Por la centralidad que tuvieron como desafío a la democracia iniciada en 1983, las crisis carapintadas suponen un buen lugar para evaluar las diferencias entre los distintos sectores peronistas.

Como hemos visto en las páginas anteriores, las diferencias fueron más evidentes en el primero y en el tercero de los alzamientos. Especialmente en el episodio de Semana Santa de 1987, Cafiero y su círculo mostraron explícitamente su oposición al desafío carapintado y su respaldo al gobierno y a las instituciones. Esta actitud resultó muy beneficiosa para espantar cualquier atisbo de amenaza al sistema democrático, además de suponer un corte frente a la posición de los partidos de la oposición en planteos y golpes anteriores. Menem, por su parte, también realizó gestos en ese sentido, pero su perfil fue en esa ocasión mucho más modesto y tuvo un alcance casi exclusivamente provincial. Más adelante, en el episodio de Villa Martelli, los cafieristas también adoptaron un perfil en el que privilegiaron el apoyo a la democracia y la resolución del conflicto por encima de los posibles réditos electorales. Sin embargo, a la altura de diciembre de 1988, varios meses después de su derrota en las internas, la influencia de los renovadores se deshacía por momentos.

Por otra parte, si bien a grandes rasgos los sectores renovadores exhibieron una mayor cercanía con las posiciones oficialistas, lo cierto es que pronto comprendieron los peligros de aparecer demasiado pegados a las tesis del gobierno. No extraña entonces que también se mostraran en ocasiones sumamente críticos con el discurso que les llegaba por vías oficiales y exigieran en consecuencia una mayor información de la resolución de las crisis.

Desde el lado menemista resultó más mantenida la actitud desapegada con la línea oficialista. Sin llegar a la convalidación de lo realizado por los carapintados como hicieron algunos sectores residuales del justicialismo, Menem siempre estuvo atento a preservar cierta distancia que no lo atara electoralmente al poco optimista destino del alfonsinismo. La ambigüedad y el cálculo fueron las marcas principales del sector menemista, que incluso se pueden aplicar al momento de cercanía entre el riojano y Seineldín.

A pesar de estas diferencias básicas, el clivaje militar no siempre respetaba esa división entre cafieristas y menemistas y hemos visto a figuras que teóricamente pertenecían a uno

de esos campos defendiendo una postura y la contraria. A su vez, aunque hayamos insistido en el contraste entre los distintos sectores, lo cierto es que en muchas ocasiones el lenguaje y los gestos empleados eran compartidos por todo el justicialismo, como se pudo ver en el segundo de los alzamientos, en el que las diferencias solo llegaban a los matices.

Por supuesto, lo expuesto no agota los posibles temas de investigación sobre la relación entre peronistas y carapintadas. Aunque lo hemos analizado de manera superficial, habría que ver si ese relativo control del partido protagonizado por Menem una vez en el poder fue tan amplio como aparenta y si no existió un fuerte debate interior en torno a lo actuado en el último levantamiento. Por su parte, las relaciones de Menem y Seineldín y la diferenciación entre las distintas familias del menemismo merecerían un tratamiento mayor. Como también lo podría tener la trayectoria política de Aldo Rico y la búsqueda de cuadros peronistas para la formación de un partido propio.

Bibliografía final

Abete, Hugo, *Por qué rebelde: La verdad sobre el 3 de diciembre de 1990*, Buenos Aires, Huemul, 1996.

Acuña, Carlos y Catalina Smulovitz, “Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación constitucional”, en Carlos Acuña y Catalina Smulovitz, *Juicio, castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995, pp. 19-99.

Baeza Belda, Joaquín, *Democracia y peronismo. El caso de la Renovación peronista (1983-1991)*, Tesis doctoral, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2016.

Canelo, Paula, “La descomposición del poder militar en Argentina. Las Fuerzas Armadas durante las presidencias de Galtieri, Bignone y Alfonsín (1981-1987)”, en Alfredo Pucciarelli, *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, pp. 75-104.

Carreras, Sandra, *Die Rolle der Opposition im Demokratisierungsprozess Argentiniens der Peronismus, 1983-1989*, Frankfurt, Vervuert, 1999.

Donadio, Marcela, *De los golpes a la cooperación: una mirada a la mentalidad profesional en el Ejército Argentino*, Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, FLACSO Argentina, 2000, disponible en <http://www.resdal.org/Archivo/d0000177.htm> [Consulta 29 de agosto de 2023]

Fabris, Mariano D., “El levantamiento del 3 de diciembre de 1990 y el fin del intervencionismo militar”, *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Rosario, 2005, disponible en <https://www.aacademica.org/000-006/621> [Consulta 29 de agosto de 2023]

Lacoste, Pablo (ed.), *Militares y política 1983-1991 (Rico, Bussi, Ruiz Palacios, Ulloa, Mittelbach y el CEMIDA)*, Buenos Aires, CEAL, 1993.

López, Ernesto, *Ni la ceniza ni la gloria: actores, sistema político y cuestión militar en los años de Alfonsín*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 1994.

López, Ernesto, *El último levantamiento*, Buenos Aires, Legasa, 1988.

Mazzei, Daniel, “‘Y no hay sangre en la Argentina’. El presidente Alfonsín y la Semana Santa de 1987”, *PolHis*, no. 23, 2019, pp. 128–61.

Robledo, Juan Agustín, *Felices Pascuas. Breve historia de los carapintadas*, Buenos Aires, Planeta, 2017.

Rubenstein, Jérémy, *La sédition militaire de Semana Santa de 1987, Le peuple au secours du régime démocratique argentin*, Tesis doctoral, París, Université Paris I, 2014.

Sain, Fabián, *Los levantamientos carapintada, 1987-1991*, Buenos Aires, CEAL, 1994.